

La Batalla en los Programas

por Sebastián Salazar Bondy

Desde hace más de un mes, para no aludir a los anteriores esfuerzos realizados en pro de la difusión del hábito de la lectura y de la consecuente defensa del libro peruano, se viene llevando a cabo una campaña tenaz con el fin de procurarle a la creación literaria nacional y extranjera una mayor demanda de parte del grueso público local. La cruzada ha recibido de sus promotores el significativo nombre de batalla, el cual expresa, por sí solo, el definitorio sentido en que se inspira y los propósitos radicales que la mueven. La lucha ha de librarse, por cierto, en varios frentes, uno de los cuales —y, tal vez, el principal— está en la escuela. El cronista tiene ante su vista los programas de los cursos de literatura de los colegios secundarios, todavía vigentes, y quiere, por medio de su breve análisis y como contribución al empeño reformista que alienta el actual Ministerio, señalar algunas de las lagunas y fallas de que adolecen. Se trata, pues, de atacar un flanco sólido del enemigo.

El programa correspondiente al cuarto año de media comprende las generalidades, la literatura medioeval —que solamente estudia el poema del Mío Cid, Berceo, Santillana y Manrique, en olvido de otras grandes figuras como el Arcipreste de Hita y don Juan Manuel—, la Edad de Oro, el teatro clásico hispano, la épica (Enciclopedia), la novela, la prosa expositiva —que confiere excesiva im-

portancia a Juan de Mariana— y el siglo XVIII. No obstante los desequilibrios que se advierten a lo largo de esta apretada revisión de las letras españolas en sus más brillantes etapas, resulta demasiado innecesario, a todas luces, el estudio, en la última parte del panorama, de escritores tan mediocres como Jovellanos, Quintana y Moratín, a quienes se reserva un mes de trabajo. Si el tiempo es estrecho, convendría reducir más el espacio destinado a estos tres literatos y también a Granada o Gracián, de difícil apreciación por un adolescente, para abundar en Cervantes, Góngora, Quevedo o Luis de León, no tanto como casos biográficos, sino como ricos y representativos exponentes del talento creador de las grandes figuras de la prosa y el verso peninsulares. Hay que hacer hincapié, en una palabra, en las obras que constituyen tradición, cuya fuerza sobrepasa incólume los siglos.

El programa del quinto año es aún menos propio en cuanto a los objetivos de afinar el gusto y despertar afición a la buena lectura. Pereda, Tamayo y Baus, y Donoso Cortés, por ejemplo, carecen de todo valor en lo que respecta a forma y contenido, y no son, de ninguna manera, equiparables a los modelos del Siglo de Oro. El salto de Marcelino Menéndez y Pelayo —gran crítico, pero discutible poeta— a la generación del 98 es absurdo, sobre todo porque al estudiar

ésta se prescinde injustamente de Valle Inclán, Machado y Baroja, entre otros. Nótese que Pérez Galdós, muy superior a muchos de los incluidos, temperamento liberal aparte de novelista de caracteres singulares, ha quedado excluido de esta incompletísima sinopsis, así como bajo el rubro contemporáneo no son ni siquiera mencionados Lorca, Alberti, Hernández o Aleixandre, ya definitivamente incorporados a la historia literaria de España.

La literatura peruana es objeto, en cuatro meses de labor, de una síntesis más que veloz: Garcilaso, Amarilis, Hojeda, Pardo y Aliaga, Segura, Palma, Salaverry, González Prada, Chocano, Valdelomar, Eguren y Vallejo. ¿Dónde están los cronistas? ¿Qué fue de Caviedes? ¿A dónde relegaron a Melgar? Y antes, ¿por qué se olvidó el "Ollantay" y la literatura quechua popular? En cuanto a la actualidad, ¿no son nada acaso Ciro Alegria, Ventura García Calderón, Riva Agüero, Mariátegui y otros que ofrecen un interés vivo y directo, como que de ellos nacen una y otra tendencias del pensamiento y el estilo de hoy? A la literatura hispanoamericana se le destina un escaso mes. Darío comparte tan precario espacio con Bello y Rodó, sin dejar lugar para la novela (Azuela, Güiraldes, Euclicides da Cunha, Machado de Assis, Gallegos, Rivera, etc.), o para la poesía (Herrera Reissig, López Velarde, Neruda, etc.) cuya influencia puede ser decisiva en la formación de la sensibilidad joven.

Debiera, sin duda, enseñarse literatura desde el primer año de secundaria, y debiera enseñarse con un espíritu menos académico y más activo. Debiera, en realidad, promoverse una atención hacia los libros que son bellos y entretenidos, que encantan y conquistan, dejando para la especialización posterior al colegio la inclinación a las obras de atractivo puramente documental. Y no debiera olvidarse la literatura de Oriente y Occidente, de China e India, de Francia, Italia, Inglaterra o Alemania, fuentes también de esa sabiduría que debe atribuirse al hombre de todos los tiempos y todas las latitudes, en cuya fantasía e inteligencia está permanentemente, maciza e invariable, la verdad de que allá o aquí la humanidad quiere hacer de su morada un reino de dicha y belleza. Confucio, Homero, Virgilio, Dante, Moliere, Shakespeare o Goethe, para sólo citar unos pocos nombres memorables, deben ser los hitos por los cuales el estudiante peruano llegue a sí mismo, es decir se descubra independiente dentro de una antigua y extensa memoria.